

Antonio Correa
y
Oaxaca

Vivió casi una década en México, en donde se desempeñó como editor en la Secretaría de Educación Pública; en las reseñas que escribe sobre libros de distinto género se muestra el rigor del lector que ha traído y dedicado todo su tiempo a eso: a sentir y vivir con los libros. Hace parte del Comité de Redacción de la Revista Común Presencia, revista colombiana especializada en literatura. Ha sido asesor cultural en el Departamento del Amazonas y en Ecuador. Es autor de los libros: *El vuelo del cormorán* (1989); *Húmedo umbral* (1992) y *Desolación de la lluvia* (1996). Antonio Correa nació en Pitalito, Huila, en el año 1950.

**Antonio
Correa**



JOSÉ GUADALUPE POSADA
GRABADO

A Minnie

Se despierta la ciudad luminosa
y queda cálida

Es el centro de las calles que ascienden
precipitadas por los golpes de luz
entre alegres sombrillas de color naranja
y en las esquinas varadas entre sus piernas
las puertas robustas que se abren
tarascadas por el roce del tiempo.

Y hacia la fronda el zócalo.

El cuerpo de las calles de las mujeres
como soberbias aves olorosas
hasta precipitarnos —llamarada de encuentro—
adentro y lento.

A Carlos Fuentes

Una línea de caballos
trota solemne y detiene las olas

Sobre el espejo negro del horizonte
las olas se apaciguan y baja la marea

Yo soy sólo el dios aquí en Tenochtitlan
otro
el que viene feroz y acorazado
por el sueño espumeante del augurio.

Hilo falso que corta en dos mi cuello.

A Carmen y a Franklin, con cariño.

México una avenida calurosa
una lluvia constante
la arena de hollín
día tras día.

En lo alto
el ángel hace equilibrio
y mira el serpenteo estático:

Jóvenes de cabeza rapada
iluminan como semáforos la calle
con una fina lengua de metal
parecen engullir y solamente lanzan
del pozo desdentado de la boca
el escándalo amarillo y enorme
del petróleo que vuela.

Abajo flores de navidad dividen la avenida
y reciben la saliva viscosa
de los que tragan fuego.

Abajo
oscura fuerza
en que la tierra ruge
—y no es extraña tierra—

cuando se hincha
en un largo gemido
y calla nuevamente.

Vibra
nada ya queda como antes:
la tapia las ventanas la calle
la casa la avenida la estatua
y entre las cunas
los niños ruedan del edificio adentro
rojos aún por la sangre del parto
y se duermen
en ese nuevo vientre
que dejan los desastres.

Mi tierra
el ancho mundo inmenso
de rosa mexicana

A Ledo Ivo, en la zona rosa

Altos y lánguidos cormoranes
de risa falsa y estentórea.

La simple mueca
la más grande alegría
cuando el rostro se afila atravesado
por el roce tenaz
de un débil y lejano esplendor.

Un soplo ambulatorio y fácil
se aposenta
en el moho angular de los cafés
los hablantes empujan
fluyen indecisos, ácidos, úreos, casi cristalinos
y en el humo disperso gorgotean
hasta gemir batidos
en la garganta obscena de la ciudad.

En un acto continuo
cae la cabeza
como estrella redonda
en los vasos de whisky.

Crece el cansancio bullicioso y sube

todo lo cubre el aletazo oscuro
y en un ruido quebrado se opaca
el fuego miserable de batir las navajas
en lo más profundo de nuestras almas de bolsillo.

Soñé que caminaba a regalar un circo
uno de esos circos preciosos
que laboran los artesanos mexicanos.

—Me confunde no recordar
a quién perseguía con mi circo—.

Miro a los trapecistas.

A la gente ordenada en sus butacas
esperando que salte del trapecio
la muerte del payaso.

Mudo y atrás
en la jaula del león
cuando todos salían
de una vieja caja de sombreros de copa.

EL ESCALADOR Y EL IZTACCIHUATL

A Guido Tamayo

I

Veo el nevado desde mi refugio

Al amanecer avanzo sobre su hoja gris
que abajo serpentea
en pequeñas navajas de carbón
donde resbalo.

El penacho brilla
morado en la oscuridad
y el bastón de escalador
muerde el suelo que se hunde.

Terrones grises
triscan en un sonido leve
su caída implacable
la angustia el aire
solo y enrarecido del que avanza.

Giro y se doblegan todas las promesas
¿de qué sirve avanzar con el miedo?

II

Árboles ondulados
por el vendaval del deterioro
aquietan la planicie
en el ojo gimiente del perdido.

Una calma huidiza me sosiega
¿en dónde queda el centro
su llanto ciego
el seguro fulgor de la salida?

Al frente entre musgos y parásitos
la alta empalizada del refugio
y los dedos se hunden
en el manto viscoso del que falla

Sudoroso veo a mi espalda
la naturaleza que siempre me persigue.



JOSÉ GÉDAMIPE POSADA
«RABYDIO»